

PRIMERA PARTE

Primavera de 1791

I

Mediaba el mes de marzo de 1791 en un mundo donde los hombres ignoraban los sueños de la Revolución francesa. La creencia en un hombre nuevo empezaba a desgarrar Europa ebria de principios universales, pero las estaciones y los astros marcaban el compás de la vida de los indios. Desde Tejas hasta Canadá atravesaban la Luisiana sin saber que el cerco estrechaba ya su vastedad.

Un viento bronco estremecía la Pradera anegada bajo un cielo preñado de nubes. Una columna de quince jinetes cabalgaba en silencio entre islotes de altas hierbas. Iban cabizbajos camino hacia el Este. Encabezaba el cortejo un hombre blanco de melena y barba entrecanas cuyos párpados caídos cubrían unos ojos claros. A cada paso de su caballo la fatiga encorbaba aún más su alta silueta y su sable se balanceaba sobre la pierna, pero él mantenía inmóviles las manos enfundadas en guantes de gamuza. A los viajeros europeos no los esperaban en el Oeste americano ciudades doradas, fuentes de la juventud, gigantes o grifones, sino la huella de un caos original. Para unos América era una tierra de promisión, para otros, un reino de perdición.

Seguían al hombre blanco unos indios desnudos atados entre sí por unas sogas. Apenas alcanzaban la adolescencia aquellos jinetes sin armas. Sus cuerpos lisos sin escarificaciones ni cicatrices estaban destinados a la caza y al combate. Erguían sus torsos a pesar de los estribos cortos, a pesar de la lluvia y del viento que agitaba sus ocho, diez o doce trenzas. Eran cheyennes. En medio del grupo de cautivos un hombre negro vestido con un poncho raído tiritaba sobre un caballo. Una flor de lis estrellaba su frente marchita sobre la cual se levantaba un tupé de pelo enhiesto y dos trenzas apretadas con tiras de piel dejaban ver la ausencia de la oreja derecha. A diferencia de los indios sus manos enormes no estaban sujetas al alto pomo de la silla de montar.

Los vigilaban tres imponentes indios osages de frente alta y plana y de cabeza rapada en medio de la cual flotaba un largo mechón. A despecho del frío, sus hombros terciados por mantas dejaban al descubierto brazos tatuados con los que sujetaban arcos muy largos. Los anillos de las manos, los brazaletes y los aros que colgaban de sus orejas hacían contrastar la desnudez de los cheyennes. Los cautivos indios oteaban con calma los confines a la espera de una aparición pero el hombre negro no dejaba de mirar acongojado a diestro y siniestro. Se hundió su caballo en el agua. El hombre negro cayó entre unos juncos afilados contra los cuales sus manos se lastimaron. Pidió auxilio. No se inmutaron los osages. El hombre blanco giró la cabeza hacia él antes de lanzarle un lazo al cual se pudo agarrar. Se oyó un relincho agudo: una rama dura acababa de rasgar el pecho del animal montado por el hombre negro. Un osage abrevió la agonía del caballo cortándole el cuello de un tajo. Las aguas ahogaron su último resuello.

Todos avistaron en una meseta un pequeño grupo de jinetes; una sonrisa de alivio cruzó la cara del hombre negro: podían ser tramperos o una partida guerrera cheyenne en busca de sus hijos raptados en el corazón de la Costa Negra. Se acercaban al galope, aparecían y desaparecían detrás de una roca o de un bosquecillo.

El hombre blanco aprovechó una brecha de luz en el cielo para sacar de una mochila un *calumet* y un puñado de hojas de tabaco mezcladas con corteza de sauce rojo. Por suerte, el agua no los había humedecido. Después de varios intentos logró encender la pipa con un pedernal. Los jinetes llegarían dentro de unos minutos, aunque sus siluetas se destacaban con nitidez; tenía tiempo de fumar.

Unos remolinos producidos por el viento lo salpicaron de pies a cabeza y entonces se fijó en los cautivos indios: una mirada de hombre habitaba el cuerpo del más joven de los cheyennes. Todavía lo anclaban en la infancia unas piernas esbeltas, unas manos de muñeca, un cuello largo, unas costillas salientes sobre un vientre plano que anunciaba la firmeza de un cuerpo adulto. Detuvo luego su mirada en el hombre negro, uno de esos esclavos cimarrones o quizá un esclavo manumitido. Viajara donde viajara siempre sería considerado un esclavo por mucho que alegara la igualdad reverenciada por los hombres de la Revolución francesa.

Gracias a un rayo de sol los jinetes emergieron entre salpicaduras. El silencio de la Pradera cedió el paso a un ruido de catarata producido por los cascos de los caballos. Unos cheyennes imitaron algún grito de animal a modo de señal. Dos de los osages armaron sus arcos y dirigieron sus flechas hacia el grupo de jinetes. A medida que se fueron acercando no cupieron más conjeturas: eran blancos, entonces la mirada del hombre negro perdió la esperanza. A la sombra de una nube se cruzaron las flechas de los indios osages y las balas de los hombres blancos.

Seis hombres blancos irrumpieron a galope tendido y blandieron pistolas antes de rodearlos. Cada vez que sus puntiagudas espuelas se hundían en los costados sangrientos de los caballos el hombre de ojos claros se sobresaltaba. La fragua no podría haber tostado más la piel de aquellos hombres barbados vestidos de capas de cuero y piel desde las polainas y los zahones hasta el tocado. El cabello cortado casi al cercén añadía a sus cabezas de vieja madera esculpida una expresión amenazante.

Uno de ellos liberó a los cautivos de sus ataduras mientras que otro le quitaba el sable y la pistola al autor del rapto. Los dedos entumecidos de los indios recobraron la agilidad. El cheyenne más joven se hizo con un machete que colgaba de la silla de montar de unos de los jinetes blancos y se abalanzó sobre el osage superviviente; lo decapitó con una rapidez tan pasmosa como su fuerza y seguridad. Los hombres blancos lo dejaron hacer: la venganza era legítima. A renglón seguido el joven indio levantó en alto su trofeo sangriento.

Cuando otro cheyenne se preparó a saltar sobre el hombre de ojos claros los jinetes blancos se interpusieron. Después de que un trampero de mediana edad con gorra de piel se dirigiera a ellos utilizando la lengua de los signos, los cheyennes gritaron y sin esperar víveres ni armas, exceptuando el machete del más joven, salieron al galope hacia las Montañas Rocosas. Se llevaban los caballos de los tres osages.

Habló un jinete con sombrero de fieltro después de observar el sable del hombre de ojos claros. Tenía una mejilla encendida e hinchada y hablaba con cierta dificultad.

—Si fuera español sabría que los indios no sirven como esclavos. Prefieren dejarse morir en vez de trabajar.

—Me alegra saber que hay hombres que no sirven como esclavos —dijo en español con un acento extranjero el hombre de ojos claros.

—Es usted traficante de la peor calaña. Casi son niños. ¿Cómo los cogió?

—Se estaban bañando.

—¿A qué tribu pertenecen?

—*Chaguienne*, creo.

—cheyennes, ni lo sabe, ni le importa —dijo el español—. ¿Conoce esa tribu? —preguntó al viejo trampero que había empleado la lengua de los signos.

—Sí. Son cheyennes. Viven entre el río Misuri y las Montañas Rocosas —contestó el viejo trampero.

El hombre con sombrero de fieltro miró con desprecio al jinete de ojos claros y melena entrecana. Marcó una pausa para escupir un esputo sangriento antes de hablar.

—Y tiene que corromper a los osages. Bastante tenemos con pacificarlos desde hace cuatro años para que usted venga ahora a crear conflictos entre las naciones indias.

—Que yo sepa, los osages y los cheyennes son enemigos.

—Basta... Sabe o debería saber que el tráfico de esclavos está prohibido en tierras del rey de España.

—El tráfico, no la detención. Y la Luisiana realmente no es española...

—¿Cómo?

—Y es ancha, muy ancha, sin fronteras ni leyes más allá del río Chato.

—Se equivoca. ¿Y dónde pensaba venderlos?

—En alguna hacienda...

—¿Vender esclavos cheyennes en el Sur?

—No creo que al gobierno le moleste mucho mi negocio.

—Se lo he dicho. Los indios se mueren en cautiverio. Hoy día todo el mundo quiere esclavos negros, sólidos como troncos. Caballero, se ha equivocado de siglo. Y tenga cuidado. Aquí mismo, en este desierto de agua, hay fronteras y leyes.

—En cualquier caso leyes inútiles y tierras robadas.

—¿Para quién trabaja? —preguntó el español.

—No importa.

—No sea soberbio. Yo me enorgullezco de trabajar para la familia Chouteau y para el señor gobernador. ¿Y usted para quién trabaja? ¿Para qué compañía?

—Para mí.

En contra de una creencia muy difundida los tramperos requerían patentes para ejercer su labor. Quienes decidían ser independientes asumían mayores riesgos. Cuando no perdían el matalotaje o los indios no les robaban sus armas, vagaban por una tierra donde la brújula y los mapas ayudaban poco.

—¿Y su nombre caballero?

—Desjohnette. Me espera la horca supongo, pero no tienen dónde colgarme.

—Iremos a San Luis. Allí tienen una cárcel. Y una horca. Le buscaremos una guillotina si prefiere, señor oficial. Para que sepa con quien viaja le diré mi nombre: Alonso Sahagún. Y tú —le dijo al hombre negro—, ¿cómo te llamas?

—Josué, señor.

—¿Cómo te atreves? —le dijo Desjohnette—. ¿Acaso no sabes que un negro no puede llevar el nombre de un hombre blanco? Al fin y al cabo sigues siendo un esclavo.

—Ya no señor. Soy un *affranchi*. Además, me bautizaron y ese es mi nombre.

—Lo llamaremos Josué —dijo Sahagún y escupió otro esputo de sangre.

—Hay que darles sepultura a los osages —dijo Josué.

—¿Para qué? Las aguas lo van a pudrir todo —replicó Desjohnette.

—Señor, si los llevamos a la tierra firme.

—Está bien. Desjohnette, ayúdelo.

—No, yo no lo ayudo.

—¿Cómo? Hará lo que yo le diga —zanjó el español.

Los dos hombres cavaron con tal empeño que pronto pudieron sepultar los cuerpos. Cuando volvieron entre los jinetes, el viejo trampero le ató las manos a Desjohnette. Conforme las correas de cuero iban apretando la piel, el francés miró la pradera descolorida. Su ojo

acostumbrado a un paisaje recortado por la mano del hombre se perdía en la llanura. Cada día se sucedían el embeleso y la congoja frente al círculo sin centro de la Pradera, condenando al viajero a ser un errante sobre los bordes de una rueda. A diferencia del cielo de acuarela francés, la bóveda americana tenía el espesor de un cortinaje de luz que dañaba los ojos de muchos viajeros europeos exponiéndolos a ciertas enfermedades oculares y obligando a algunos a viajar de noche. Desjohnette no escapaba a la regla. Sus ojos cansados necesitaban bálsamos además de un sombrero de fieltro cubierto por piel de castor.

Al anochecer del primer día de viaje los jinetes acamparon en una colina bombeada llamada por los indios colina del cráneo, cuyos declives habían permitido a los cazadores indios acorralar a los bisontes, antes de la llegada del caballo a América. A los pies de los viajeros, en el barranco, se amontonaban centenares de osamentas de bisontes despeñados hasta el río Chato. A Desjohnette le sobrecogió la visión de este recordatorio imputrescible de la muerte.

Mientras que unos tramperos españoles recogían ramas para encender una fogata, Josué secaba con un puñado de hierbas el pecho de su montura cubierta de espuma. Desjohnette lo observaba. Josué no mostraba señales de cansancio aunque había cabalgado durante todo el día de un modo incómodo. Se fijó el francés en su pericia para limpiar los cascos del animal, su rapidez para averiguar el estado de sus cañas y tomarle el pulso. Desjohnette empezó a pasear entre los caballos de los españoles, masajeándose las manos y las muñecas hinchadas. Todos eran ponis indios excepto el purasangre de Sahagún, más alto y de pecho más fuerte pero con unos miembros finos. Por su parte Sahagún paseaba al borde del acantilado suspirando de dolor al tiempo que hurgaba en su boca con una navaja. De pronto apostrofó a Josué.

—Oye, tú... sí, Josué o como te llames, ve a buscar agua.

—Señor, será mejor esperar.

—¿Cómo? Haz lo que te digo.

—Señor, debemos cuidar de nuestras monturas... además ustedes tienen bonitos caballos.

—Esa frente marcada con hierro candente no te autoriza a hablarme así.

—Soy un hombre libre.

—¿Ah sí?

—Hace más de diez años.

—¿Y el documento que da fe de ello?

—Me robaron mis pertenencias hace mucho, pero le juro señor que mi amo el señor Polignac me dio la libertad.

—¿Y por eso huiste hacia las tierras de los indios? Baja enseguida al río.

Desjohnette había escuchado con mucha atención y se dirigió con calma, casi con aplomo, a Sahagún:

—Tiene razón. Primero tenemos que dar de comer y de beber a los caballos.

—Bien, esperaremos a que les haya dado de comer y de beber. Y los haya limpiado. Y usted que sabe tanto lo va a ayudar. Vayan ya a buscar agua y si quieren llévense a los caballos...

—Señor —le dijo Josué a Sahagún—, le sangra la mejilla. Si quiere le puedo ayudar.

—¿Tú?

—Sí señor. Cuando vuelva del río le pondré un empaste.

—Ya veremos. Baja por ahora. Desjohnette, ¿me da usted su palabra de que no intentarán huir?

—Sí.

Desjohnette y Josué cogieron las cantimploras y reunieron a los animales antes de bajar a la orilla del río Chato cuyos recodos abrigaban unas pequeñas playas. En el cerro un trampero los vigilaba presto a encararlos. Los caballos se bañaron mientras que los dos hombres permanecieron sentados en la arena para descansar con los pies en el agua. Josué se levantó, se quitó la ropa y se tiró al agua. Su espalda cubierta de cicatrices relataba años de esclavitud y de resistencia física. Desjohnette a su vez se deshizo de su vestimenta y dio pasos hacia el agua hasta que le llegó a la cintura. Ambos vieron una balsa iluminada por el sol poniente deslizarse río abajo. Tres indios fumaban sentados sobre unos maderos. Unas volutas de humo velaban las siluetas inmóviles. Delante de los indios dos ciervos muertos entrecruzaban su cornamenta.

Josué dirigió a los indios un saludo amistoso con la mano que estos le devolvieron con amabilidad. La balsa se alejó con ritmo quedo.

—Son pawnees. O si prefiere, son hombres de la nación del lobo —dijo Josué con seguridad.

—Háblame de los indios, tú los conoces.

—Sí señor. Conocí a muchas tribus. Muchas.

—Y dime, ¿cómo hay tantas tribus en estas tierras y tan distintas?

—Ah, eso no lo sé. Y muy guerreras.

—Pero son pocos. En la ciudad donde vivía en Francia hay más habitantes que indios en toda América.

—Ah, no, esto no puede ser. América es grande. Aquí puede ver usted las montañas más altas del mundo y las praderas más grandes.

—¿Y cómo llegaste a vivir con los cuervos?

—No me iba muy bien como hombre libre allí con los americanos así que viajé hacia el Oeste lo más lejos posible y cabalgué hasta las Montañas Rocosas, hasta la tierra de los cuervos. Ver esa tierra es un regalo. Como nunca habían visto a un negro y muy muy poco a los blancos creyeron que yo era del color de la tierra y así me llamaron, *A-wé*, tierra, porque la tierra es marrón o como dicen los cuervos, *Hís-shi-shi-té*, es decir, negro-rojo. Viví con ellos varios años y hace poco me raptaron los cheyennes.

—Y dices que es un país hermoso.

—Montañas nevadas, árboles muy altos, ríos, muchos; caballos, muchos, los mejores... Pero hay algo que sigo sin poder aguantar: el frío. Y la tierra de los cuervos es un infierno en invierno. Pero créame si le digo que es el país más bello del mundo, señor.

—No existe Josué. Eso sería el Paraíso.

—Sí existe. Quiso Dios que existiera.

—¿De qué Dios hablas?

—Del creador de todas las cosas.

—¿El Dios de la Biblia?

—Sí señor, el hacedor.

—El hacedor. Ahora hablas como un indio.

—Antes fui bautizado y he sido un buen cristiano.

—Y no recuerdas que tu raza está condenada por Dios y por los hombres... La maldición de Canaán, ¿sabes lo que es?

—Sí, mi amo me enseñó la Biblia. Han pasado demasiados años para que pese todavía.

—Pero si el Dios en que crees lo dispuso para ti...

—Noé fue injusto, señor. No tenía que haber maldecido a su hijo Cam. Un padre no debe maldecir a su hijo.

—Conoces su culpa.

—¿Dónde está el mal?

—Ver a su padre desnudo es un pecado, o digamos que no se suele hacer ni se debe. Jafet y Sem cubrieron a su padre sin ropa pero Cam, el taimado, no lo hizo.

—Noé tuvo que ser castigado. Él y no su hijo Cam. Había bebido y así lo vio su hijo, desnudo en la tienda. Ni Cam ni su hijo Canaán ni su descendencia tienen la culpa por haber visto a su padre borracho. He visto a muchos blancos con más ron que sangre en el cuerpo y no pesa sobre sus hijos ninguna maldición.

—Y sois hijos de Dios como lo somos nosotros los blancos, hijos de Jafet.

—Sí señor.

—Entonces es justo si sois hijos de Adán que paguéis un precio alto por vuestra depravación. Y si no sois hijos de Dios no sois hombres...

—Tenemos el alma blanca como los blancos y usted sabe... Cristo es mi dios, Cristo, sí. Cristo comprende y ama a sus hijos negros.

—¿Sabes leer?

—Sí.

—Porque tus amos te lo han enseñado, supongo. Han sido buenos contigo.

—Dios ha sido bueno porque me dio un don.

—Entonces, lo ves, Dios es bueno con sus hijos negros... me dices que te ha concedido un don, así que cree en ti tanto como tú crees en él... ¿Cuál es tu don?

—Sané a las vacas y los caballos y los marranos cuando vivía en Luisiana, conmigo no se morían, y eso que las epidemias había muchas, sobre todo después de las inundaciones del Misisipi. Mi amo el señor Polignac era médico.

—¿Polignac? ¿De la famosa familia de los Polignac? ¿Aquí en América?

—No lo sé. Vio que aprendía bien con los animales y me dejó curar a los esclavos, y a los indios. A Sahagún también lo puedo curar.

—Curandero. Matasanos. Carnicero. ¿Eso eres?

—No señor. Yo sano con la ayuda de Dios.

—Dios no salva a nadie.

—Usted está blasfemando.

—¿Qué habrás hecho para merecer esa flor de lis?

—Fue mi amo anterior que era peor que el demonio. Me escapé una primera vez y me uní a una milicia de fugitivos *morenos* y *pardos*.

—Hablas como si fuerais soldados.

—Y lo éramos. Había disciplina, mucha. Hacía falta para sobrevivir. Robábamos arroz y azúcar y se lo vendíamos a las familias pobres. Pero me cogió mi amo y me castigó.

—Y tú, ¿qué cargo tenías en esa milicia?

—Vigilar nuestros campamentos a caballo y también ir de avanzadilla... Un año después de que me cogiera mi amo me fui con un buen caballo. Estuve un mes en las montañas Ozark con los indios osages, pero me cogieron otra vez y mi amo me dijo: «¿Qué prefieres, que te corte las dos orejas y te marque en el hombro, como manda el Código Negro o solo te corto una oreja y te marco en la frente y vivirás con la vergüenza a la vista de todos?». Señor, ahora podríamos escaparnos. ¿Por qué no lo intentamos?

—¿Tu palabra tiene valor? ¿Tanto como la mía? Entonces, ¿por qué me propones huir?

Los dos hombres salieron del agua, se vistieron y montaron a pelo para conducir a los caballos donde los esperaban los tramperos pero Desjohnette cambió de camino y, en lugar de

seguir ladera arriba, galopó a lo largo de la ribera del río Chato. Josué lo siguió y soltó una carcajada. Los tramperos armaron sus escopetas; los dos jinetes desaparecieron detrás de un recodo. A medida que iban galopando y cambiando de aires, a Desjohnette le admiró el tacto con que Josué lograba del caballo un galope corto y acompasado sin tensar las piernas o las riendas. Sin que probablemente nadie se lo hubiera enseñado sabía *rendre la main*, es decir, bajar la rienda para suavizar la presión de la mano. Allí en la colina del cráneo se oían los gritos de Sahagún, dispuesto ya a castigarlos con el látigo y a encadenarlos cuando Desjohnette y Josué serpentearon al galope corto por una senda entre los caballos de los españoles. Volvían al campamento.

Cualquiera que hubiera asistido a la conversación anterior entre los dos hombres habría estado intrigado, pero la posesión de esclavos determinaba en la Luisiana el rango social. Poco a poco, la población negra doblegada en los campos de tabaco, cereales e índigo duplicó el número de blancos agrupados en las ciénagas del delta. La compra y posesión de esclavos negros, *morenos*, y mulatos, *pardos*, estaba regulada gracias al Código Negro cuya versión aplicada a la Luisiana fue proclamada en 1724.

Algunos esclavos huían de las plantaciones para mezclarse con indios a los que infundían desconfianza para con los blancos, aunque, todo hay que decirlo, algunas naciones indias también raptaban esclavos indios o negros. Unos fugitivos determinados a no padecer más sevicias alcanzaban las llanuras del Norte. Era el caso de Josué. Eran cimarrones, es decir, salvajes; los franceses los llamaban *marrons*. La sociedad criolla manumitió a una minoría de esclavos. A dichos *affranchis* se les prohibió ejercer una función pública, ser cirujano, dedicarse a la jurisprudencia, llevar una espada. Incluso se les intentó imponer el uso de apodos vejatorios en lugar de nombres cristianos. Los colonos los empleaban para cazar a los cimarrones.

A lo largo del día los hombres hablaban poco. En torno al fuego los tramperos relataban, quien el bautismo de un río, quien su boda con una mujer india, y todos evocaban con una mezcla de baladronada y nostalgia, canoas que subían por el Misuri, mulas que ascendían las primeras estribaciones de las Montañas Rocosas, tiempos añejos en que los ingleses no obligaban a los

tramperos a competir con el fin de obtener la preferencia en el comercio con los Indios. Recordaban los tramperos que después de tres siglos de conquista muchos exploradores alumbraban aún el mismo sueño, descubrir el “Mar del Oeste” y alcanzar el océano Pacífico por vía fluvial. Unos hombres desaparecían, morían o extraviaban la razón en pos de un río tan misterioso como los cuatro ríos del Edén. Los sueños de los tramperos eran más modestos y sus vidas más largas.

Frente a ellos se extendía el lienzo sin límites de la Luisiana. En 1682, el explorador francés Cavelier de la Salle, obsesionado por el río que debía conducir a China, había navegado por el Misisipi. Frente a su desembocadura había plantado una columna y una cruz para tomar posesión en nombre del rey Luis XIV de las tierras ubicadas entre el golfo de México, el río Ohio y el río Misisipi. Sin rubor se había adueñado también de las poblaciones nativas.

Ningún trampero, aunque hubiera nacido en Europa hablaba de su infancia u oficios anteriores. Por el contrario, Sahagún todas las noches refería alguna anécdota de la corte madrileña y más aún del campo leonés donde había crecido hacía cuarenta años, pero lo que más le divertía era mofarse de los hábitos parisinos para comenzar con su prisionero una diatriba. Sahagún respetaba en él su código castrense y lo consideraba su igual, excepto el día en que Desjohnette le recriminó su uso de una espuela árabe puntiaguda. El español no aceptaba que un traficante de esclavos pudiera darle lecciones morales. Decidió que el cautivo permanecería atado de pies y manos durante un día y una noche sin desmontar, ni comer y beber. Desjohnette aguantó sin quejarse el dolor de espalda y las privaciones por lo que a la noche siguiente Sahagún lo invitó a beber con él. Si bien aceptaba ser un prisionero, no toleraba las bromas de mal gusto de los tramperos y más de una vez Sahagún tuvo que zanjar una disputa que sin su intervención habría terminado con heridas por ambas partes. El español manifestaba una benevolencia constante con independencia del color y origen de los hombres. Con todos empleaba el mismo tono seco y cortés. Josué entendía cada día menos a Desjohnette que pudiendo huir no lo intentaba y prefería mantener una actitud, ora displicente, ora díscola.

Dos semanas después, ante los jinetes que volvían a San Luis la Pradera cedió el paso al campo labrado y el maizal indio a alguna huerta cercada por los blancos; las manadas de caballos salvajes y bisontes a las reses; las fieras a las acémilas; las chozas de las tribus en parte sedentarias a las largas casas rectangulares de los osages y luego a las granjas aisladas de los colonos; la fragancia de las llanuras al olor a curtidurías; los arroyos a las acequias; los árboles virginales a los troncos cortados y a las muescas en los arcos para recoger su jarabe; el cielo limpio a las columnas de humo de las chimeneas; el silencio al bullicio de un pueblo efervescente con ansias de convertirse en una ciudad de prestigio.

Menos de mil almas vivían en la ciudad de San Luis. Un humilladero labrado en cantería se hallaba en la confluencia de las vías fluvial y terrestre para anunciar a los viajeros su llegada a una tierra de obediencia católica. *Pain court*, pan corto, la habían apodado sus primeros habitantes en recuerdo de las penurias sufridas al principio y desde su creación la mayoría residía en las casas de *poteaux en terre*. Por fortuna los bosques cercanos proporcionaban la noble madera de nogal, roble y cedro. A diferencia de las casas europeas casi todas, incluidas las cabañas cubiertas con rastrojo, tenían cuatro ventanas y las más lujosas mansiones de piedra ocultaban cristales biselados detrás de sus cancelas y barandillas.

En el lugar donde confluyen el Misisipi y el Misuri la villa había sido fundada en 1764. Pierre Laclède y Auguste Chouteau, su hijastro, así la habían llamado en honor del rey Luis IX de Francia. Se erguía en territorio indio: al oeste las tierras osages se fundían en la Pradera; al Este y al Norte los sauks, los fox y los winebagos comerciaban con las compañías inglesas que les suministraban armas de fuego. En 1780 los ingleses habían convencido a dichas tribus de atacar el pueblo de San Luis pero sus habitantes habían resistido. Otras naciones indias empujadas por los colonos americanos migraban para instalarse al oeste del Misisipi. Los delawares llegaban de la costa Este, los cherokees de los Apalaches, los shawnees y los kickapoos de los Grandes Lagos. Todos huían de la lenta pero constante expansión hacia el Oeste de la joven nación americana, impulsada pronto por la Ordenanza del Noroeste redactada en 1787.

No era inusual que un jefe indio cansado de vagar pidiera asilo en las tierras pertenecientes al rey de España. Año tras año los osages robaban y alguna vez atacaban a los recién llegados y la milicia de San Luis debía hacer gala de tacto diplomático para mantener una paz frágil. Las principales familias de San Luis, conducidas por los Chouteau, lograban mantener relaciones cordiales con las naciones indias y los osages les concedían la exclusividad del comercio de las pieles, razón por la cual acudían en delegación oficial para ser recibidos por las autoridades o vender las pieles a cambio de sal, azúcar, pólvora, utensilios y mantas.

San Luis era una ciudad fronteriza. Se hablaba tanto francés como español e inglés, además de una mezcla criolla propia de los nuevos nativos. La ausencia de una prensa local ayudaba a los notables a mantener a la población alejada de las ideas revolucionarias. Mientras nadie lo prohibiera cada familia de cierta importancia disponía de esclavos negros y algunas de esclavos indios. A Marie-Thérèse Chouteau, viuda del fundador y dueña y señora de la ciudad a sus casi sesenta años, la acompañaba una esclava india llamada Thérèse. No obstante, a lo largo de las *rue Royale*, *rue de l'Eglise*, *rue des Granges*, *de la Place et de la Tour* y en algunas mansiones tenían a gala reproducir los usos de la sociedad francesa. No había noche en que no se bailaran minuetos. Y los sábados por la noche los esclavos también tenían derecho a bailar. En los salones de San Luis los europeos olvidaban que a un día de viaje se extendía la Pradera sin sombra herida por la luz y el viento.

La ciudad crecía sin concierto, sus clases por ahora se cruzaban con frecuencia y frente a las mansiones orladas de árboles los molineros tiraban de mulas para lograr el grano de trigo y maíz que había de alimentar a la población, y los azacanes transportaban sacos de avena. Los olores de una tahona, de unos guisos, de unas sopas y unas *fricassées*, de unos dulces horneados al aire, de las mermeladas de mora y grosella preparadas por las mujeres remangadas en los jardines recordaron a Desjohnette los sabores de su juventud.

En las calles enlodadas bordeadas por tiendas y talleres, una melodía tocada por un piano invisible, una mujer ceñida entre crinolinas y encajes sentada en una calesa, la rigidez de una silueta masculina uniformada disimulaban mal los orígenes plebeyos de la ciudad. Sus primeros habitantes habían sido desertores, vagabundos, ladrones, contrabandistas, prostitutas,

soldados sin nacimiento decepcionados por un servicio tedioso. Y tampoco los nobles y el clero eran de alta alcurnia.

Los colonos, los mercaderes y exploradores toleraban mal la discreta presencia de la bandera roja y gualda y de las casacas de lino blanco de los soldados españoles. El gobierno español proporcionaba a los emigrantes cuatro vacas y un toro, cuatro puercos y un verraco, una yegua madre y un burro garañón, dos docenas de gallinas y dos gallos, doscientos acres de tierra, toda suerte de instrumentos, raciones de carne y pescado, de pan y de maíz, una casa para la familia, pero solo unos migrantes de origen malagueño, granadino y en mayor número canario pisaban el Sur de la Luisiana y entre ellos pocos alcanzaban la Luisiana superior o país de los Ilinueses.

Desjohnette fue conducido por Sahagún a la casa del comandante Arriaga. Este apareció seguido de dos soldados. Caminaba con esfuerzo pero con tal voluntad de ligereza que apiadarse de él era imposible. El comandante acogió a Desjohnette y a Sahagún con un saludo militar. Invitó al preso a pasar a su biblioteca donde los libros se apilaban entre unos mapas y una abundante colección de armas: mosquetes y sables, pero también arcos, escudos y lanzas indios. Arriaga se sentó en una butaca mientras que los dos hombres con una pistola en la cintura se mantuvieron de pie delante de la puerta de la biblioteca. El sable de Desjohnette se hallaba sobre el escritorio. Arriaga se dirigió a su reo en un francés pulcro digno de los salones literarios de París.

—Le agradecería me dijera su nombre, caballero.

—Desjohnette, Guillaume Desjohnette.

—¿Oficio?

—He sido soldado.

—Su sable parece indicar...

—Sí. Fui oficial del ejército de Luis XVI.

—¿Grado?

Ante el silencio insolente del preso el comandante Arriaga insistió.

—Grado, por favor.

—Teniente de caballería.

—¿Cuerpo?

—Húsares en la guerra de independencia de los Estados Unidos.

—Vamos, es usted uno de esos húsares gloriosos. ¿Conoció al gran Rochambeau?

—Fue el jefe supremo de la caballería.

—Ya, pero me refiero a si usted...

—Tuve la fortuna de hablar con él unas pocas veces.

—Enhorabuena. ¿Y antes en qué cuerpo sirvió?

Desjohnette tardó en contestar. Arriaga esperó unos segundos durante los cuales la impaciencia se le notó en una inmovilidad forzada.

—Le agradecería no me haga repetir más mis preguntas.

—*Chevau-légers*... Fui subteniente.

—Daría mucho por ver desfilar tan prestigioso cuerpo...

—Fue disuelto hace cuatro años...

—Una lástima. ¿Puedo saber qué le ha movido a emprender ese viaje hasta el país cheyenne?

—No le convencería.

—Supongamos. Ha viajado sin licencia ni pasaporte y sin informar de su destino y, por si fuera poco, se dedica al comercio infame.

—Señor Arriaga.

—Comandante Arriaga... subteniente...

—¿Y los negros, comandante, los negros que cultivan los campos?

—Son parte de nuestra historia, son hijos de estas tierras. No los comparemos con los indios. Además, los negros son esclavos pero cristianos. El emperador Constantino prometió la libertad a los esclavos que decidieran ser cristianos, pero los nuestros ya lo son. Y los tratamos bien. Mejor que los propios blancos en Europa tratan a sus hijos.

—Sin duda, comandante, así lo muestran los *pardos*.

—Teniente Desjohnette no olvide que está bajo arresto.

—Y que me puede castigar, lo sé. Pero ¿qué será de Josué, el negro que me acompañó?

—¿Acaso le importa? Veo que ha sabido descubrir las habilidades de ese negro. Uno se acostumbra a ellos y se encariña. Volverá a un trabajo estable, no se preocupe. Peor suerte le reservaba usted. Le quiero hablar de un asunto delicado. Allí en el Norte, cerca de Canadá, en los pueblos de los mandans, los malditos ingleses, con perdón, están intentando quedarse con todo el comercio de las pieles. Entonces, y este es el asunto delicado, hay que adentrarse en las Montañas Rocosas hacia el país de los cuervos, por ahora casi desconocido. Tenemos razones para creer que allí hay más castores y nutrias que en todo el continente.

—¿Y si no quiero?

—La cárcel le podrá convencer. Teniente Desjohnette, puede sernos útil. Cuando se es soldado aunque uno ya no ejerza uno sigue siendo soldado en el alma. ¿No es así? Es usted un hombre valiente, después de esta misión podría nombrarlo *bourgeois*, exclusividad no tendría, ya sabe que no es política nuestra pero podría vivir en San Luis mientras que sus *engagés* hacen el trabajo. Por otra parte digo, habla francés, español e inglés, supongo... Ventajas de las campañas militares. No le he dicho que acaban de instalarse en San Luis unos tramperos americanos y pronto querrán también su parte del negocio. Entre los ingleses al Norte y los americanos al Este cuyo gobierno está negociando para obtener la libre navegación en el Misisipi conviene ser rápido y cauto. Ya tenemos a los americanos a las puertas de San Luis, ¿se da cuenta? No, no se da cuenta, ni parece importarle. Présteme, por favor, la debida atención. Los Chouteau que aquí represento han logrado la paz con todas las tribus con las que comerciamos... ¿Piensa establecerse como colono o quiere ser oficial de nuestro ejército? ¿No? Mejor propuesta no le voy a hacer, esto o la cárcel.

—¿Y si aceptara y no volviera?

—No sería el primero. Pero creo en su palabra. Desde que Sahagún lo cogió no huyó y pudo haberlo intentado.

—Un traficante de esclavos no es hombre de honor.

—Ah, hermosa palabra... el honor... aquí necesitamos a personas como usted para enseñarnos lo que es. Me dirá que es una lástima pero aquí no nos batimos en duelo, *chevalier*

de Saint-Roch. Estamos lejos de Europa pero las informaciones llegan, poco a poco. Usted fue imprudente. Sí, usted compró su equipaje en Santa Genoveva y todo lo que allí se dice llega a nuestros oídos aquí en San Luis. Verá usted, sus amigos monárquicos no saben callar. Su salida fue un secreto a voces. Sahagún lo seguía hacía tiempo, pero necesitábamos una prueba y esos cheyennes... Por favor, tenga la amabilidad de quitarse la camisa.

Desjohnette miró a su alrededor. Los dos sólidos soldados le cerraban el paso hacia la puerta. No tenía escapatoria así que se quitó la cazadora de cuero y el chaleco de piel debajo de los cuales llevaba una camisa de franela con solapas de encaje que había sido blanca. Los soldados soltaron una carcajada y Arriaga sonrió a medida que se acercaba al torso desnudo de Desjohnette. Observó con frialdad una herida producida por un arma blanca que había atravesado el costado derecho para salir a altura del riñón.

—Señores, miren bien, dijo Arriaga. Pocas veces verán por aquí a un hombre de la corte más admirada de Europa, aunque un poco sucio. Entonces es cierto, huyó.

—Me castigaron por ser negrero.

—En Francia ni los revolucionarios encarcelan a los negreros, los necesitan. Me hablaron de un asunto de honor. Este sablazo habla.

—Podría ser una herida en combate.

—Pudo haber sido un duelo. Sabe que en nuestro país los duelos están prohibidos y es usted católico... supongo... espero...

—Sí.

—Entonces si se hubiera batido en duelo en España lo habrían excomulgado y lo privarían de una sepultura cristiana. No parece afectarle mucho. Ya, Francia es conocida por ser atea o deísta, que es lo mismo. Y dígame, ¿ha conocido a alguno de esos revolucionarios sin fe?

—Alguno.

—Y no comparten su sentido del honor. No sé si usted conoce a esos *Amis des noirs* que quieren abolir la esclavitud. Me temo que pronto nos molesten.

—Sí.

—¿Y?

—Mi opinión importa poco.

—No finja ser modesto.

—Ojalá los defiendan tan bien como dicen.

—Ya que tan bien conoce a los negros, hábleme de África.

—Nunca he viajado allí.

—Quiere decir...

—Solo fletaba barcos que salían del puerto de La Rochelle.

—Entonces no es usted un negrero sino un inversor avisado. De manera que ha ganado dinero, mucho dinero, gracias a las primas de su rey, pero los revolucionarios habrán confiscado sus bienes supongo desde que vino a nuestra América.

Arriaga levantó con la punta de su bastón un colgante que cubría el torso de Desjohnette. Miró con algo de ironía los tiernos retratos de un niño y una niña de ojos y pelo claros contenidos en un medallón plateado.

—Esta noche hay baile, dijo Arriaga, le parecerá un baile poco elegante quizá pero estoy seguro de que *madame* Chouteau estará encantada de conocerle. Además, es un perfecto ejemplo de nuestra nueva sociedad. Su madre era española y su padre francés. Disfrute de nuestra ciudad. Usted conoce París y esto aquí vale oro. Aquí le dejo el contrato. Léalo ya.

El comandante Arriaga dejó un legajo sobre el escritorio que lo separaba de Desjohnette y sin esperar su respuesta se levantó y salió. El cautivo se sentó en la butaca para leer el contrato bajo la vigilancia de los dos soldados. Empezó a hojear el documento que contenía treinta y seis artículos.

